

IMPULSOS LUMÍNICOS

Por Cecilia Anyeline Infante Cruz

Facultad de Artes Escénicas UANL



¿Cómo sería crear personajes y escenas donde el punto de partida sea la luz?

Cuando comencé a sumergirme en el mundo de la iluminación, esta incógnita se hizo cada vez más presente en mis pensamientos. A lo largo de los años, en cada uno de mis procesos creativos, crear personajes o la puesta en escena en general siempre partía del análisis dramático o exploraciones corporales, la luz era el último elemento escénico en incorporarse; fue algo a lo que estuve acostumbrada, hasta que un día, literalmente en medio de la oscuridad, la luz me abrió camino: En una puesta en escena tuve que bajar de un andamio y desplazarme en medio de la oscuridad. Estéticamente y visto desde la mirada del espectador, era maravilloso ver esta transición lumínica de la oscuridad a la luz, sin embargo, esto siempre provocó que me saliera de la ficción, pues al no ver absolutamente nada y con el riesgo de caer, la luz, en lugar de ser estímulo escénico para mí, como actriz, se convirtió en un obstáculo. Fue ahí donde comencé a ser consiente de que la luz no es un aditamento o un plus, la luz es un universo complejo que debe ser estudiado cuidadosamente, es otra forma de lenguaje escénico que no debe trabajarse por separado o ser siempre el último elemento a integrar. Como actriz/actor, sentir cómo la luz toca cada extremidad de nuestro cuerpo nos transporta inmediatamente a otra realidad, entonces ¿por qué no tomar como punto de partida el estímulo lumínico?

Buscando dar respuesta a la incógnita, se presentó en mi camino Juliana Faesler, con el taller *Retratos hablados: Yo y los otros y/o la vida de los otros*. Los principios del curso estuvieron basados en un laboratorio documental donde, a través de un pequeño escrito individual de memorias familiares, narrábamos historias y abríamos una parte valiosa de nosotros para compartir con el público. Lo que hizo diferente y complejo al taller es que esta narración no fue habitual, pues a pesar de existir un texto base, nuestro enfoque fue la experimentación con la luz y cómo contar esas historias no de forma literal, sino utilizar otro lenguaje a través de ambientes generales, áreas especiales, etc.

Fue complejo al inicio romper con patrones de creación escénica, pues es complicado dejar de pensar. Faesler nos invitaba a “dejar de actuar”, lo cual fue algo que nos sacó de nuestro estado de confort y nos orilló a crear a través de los instintos. Lo extraordinario de este proceso es que, desde lo personal, descubrí qué tan difícil es abrirle la puerta a esos instintos, pues estaba

tan acostumbrada a reprimirlos, a operar solo desde el análisis y crear desde el pensar, que dejarlos salir se convertía en una odisea, hasta que me permití contagiarse por un estímulo mayor: La iluminación. Con todo lo anterior no me refiero a que debemos dejar a un lado el análisis, este es muy importante para conocer la obra/texto, todo lo que menciono como posibilidad es aplicado a la construcción de la puesta en escena.

El proceso consistía en permanecer siempre activos en escena, aun estando en aparente neutralidad, el cuerpo debía estar presente y trabajar junto a la mente; esta parte del proceso me recordó a lo que teóricamente conocía a través de Eugenio Barba como *Cuerpo y Mente dilatada*. Mi cuerpo estaba en constante tensión, lo que permitía que estuviera activo; al estarlo, despertaba la mente, pero sin que esta sobrepasara al cuerpo, era un constante equilibrio. Después aparecía la iluminación, es ahí donde salíamos del estado de reserva; observar primero el haz de luz, lo que se dibujaba en el suelo y lo que este delimitaba en el espacio, y así, de forma inmediata, despertar nuestro instinto y correr hacia ese sitio para construir imágenes o secuencias que nos transmitiera la luz; una vez situados en ese espacio lumínico aparecía el texto y, con ayuda de algunos elementos escenográficos, iniciaba nuestra narración, que muchas veces no era lineal. En otras ocasiones consistía en la repetición de palabras clave, en algunas, la fusión de textos, en otras más, solo accionábamos el texto, etc. Lo increíble de esto es que las posibilidades de creación parecían infinitas, pues cada que aparecía un cambio de luz surgía una nueva idea, todo esto a través de un texto que no pasaba de una cuartilla. El juego se volvía más interesante cuando incluíamos fuentes lumínicas alternas (lámparas, espejos, fuego, etc.), porque junto al técnico, que nos lanzaba las luces a través de equipos lumínicos, y los actores manipulando dichas fuentes alternas, creamos una conexión escénica a través de la improvisación, esta parte del proceso la describiría como la magia del teatro, poder conectarnos a pesar de la distancia y crear algo simultáneo que funcionara escénicamente sin necesidad de pactarlo. Suena complejo con palabras, incluso casi imposible, pero esa es la belleza del teatro, la forma en que consigue la conexión entre individuos, siempre y cuando haya disposición en ellos.

Cada cambio de luz iba construyendo nuestro universo, al tratarse de improvisaciones, en algunas ocasiones este universo se rompía, es entonces que establecimos algunas pautas que llamamos Punto Cero, el cual consistía en regresar a la base de todo

e iniciar de nuevo, o bien, si sabíamos que aún había posibilidad de rescatar ese universo, lo que implementábamos al tratarse de un colectivo era estar en plena disposición de salir de escena para que otro compañero subiera y continuara la narración, esto funcionaba a la perfección, pues cada persona cuenta con una energía diferente, cada persona tiene sus propias ideas de creación, entonces esto enriquecía aún más la construcción escénica porque había un cambio constante.

Este taller me enseñó, a través de la iluminación, a dejar a un lado el ego, represiones, indecisiones y estados de confort que normalmente me invadían en escena. Trabajar con un colectivo por medio de la improvisación sin que la vía de comunicación sea la palabra sino la luz, me abrió un panorama totalmente distinto. Como ejercicio escénico, indudablemente lo recomendaría, pues es otra forma de expresión, estética, conexión entre actores y, sobre todo, relación entre luz/actor, un tipo de fusión poco habitual en el mundo escénico y que considero debería de ser más estudiado y aplicado para seguir experimentando y ver hasta dónde más se puede llegar por medio de la luz escénica.

Para cerrar, sostengo arduamente que la luz debería ser de los primeros elementos de diseño para trabajarse en escena, porque es la que le da color, ambientes, texturas, sensaciones, forma a la puesta en escena. Una iluminación acertada cambia el ánimo en el espectador, por lo tanto, no es algo que debe incorporarse o experimentar en último momento. Una mala iluminación destruye por completo el mensaje o propuesta, incluso la obra entera, entonces, por qué tomar ese riesgo, si este elemento nos puede mostrar desde un inicio el universo y atmósferas de la ficción.

La iluminación no es un ente apartado, es la primera puerta de la ficción en abrirse y la que introduce al espectador en escena. Sin la

